

J. TORRES GARCIA / RAZON Y NATURALEZA. TEORIA

La carátula de los grandes relojes de las estaciones — las manecillas que marcan la hora — mi reloj — en acuerdo con el curso de los astros — sus revoluciones eternas en el espacio — el metro — parte exacta de la medida de nuestra tierra — he ahí las cosas que nos elevan y nos separan de la materialidad de lo que se hace todos los días — porque estamos en lo que es general — el dominio de la razón — que es el hombre. Por la razón podemos ir más allá de la naturaleza: pensamiento — abstracción — concepto — geometría. Fuera de la razón el hombre vive en el instinto.

La civilización es el desarrollo de esa facultad — porque de las grutas pasamos a la arquitectura — de la superstición a la filosofía — de la fuerza a la justicia.

La razón es nuestra medida — nuestro equilibrio — la regla. La verdadera tradición del hombre a través del tiempo debiera ser esa tradición de la razón.

Una letra — un signo grabado sobre una piedra — he ahí algo que se destaca de la naturaleza. Es el signo del hombre — la huella de la razón. La razón es el hombre.

Por desgracia el hombre normalmente no se encuentra más allá de un estado de barbarie. A pesar de las apariencias la vida del instinto lleva ventaja sobre un estado superior de cultura. Debería ofrecerse a la adoración de las masas sobre un altar la regla simbólica — y todos habrían de encontrarla para unirse a ella — para convertirse en la regla misma. En la tierra viviría así el hombre prudente — el hombre justo. Sólo la razón puede purificarnos en todos los aspectos.

El arte debería basarse también en la razón — como lo ha hecho en las épocas constructivas — y no sólo en el instinto — porque como cualquier otra cosa no puede encontrar su base sino en la razón. Inscribir a la naturaleza en el marco de las formas del pensamiento — establecer un orden — crear y no imitar — he ahí lo que debería ser el arte.

Una obra de arte ha de ser un todo — ha de ser armónica — todo en ella ha de estar determinado.

Hay que ser precisos: o se sabe o no se sabe — y quien sabe señala la medida. Concepto de las cosas — sin color local — lo que es general: la idea.

¿Qué es la razón? Puedo definirla así: nuestra facultad de generalizar.

Gracias a ella pasamos de la materia al espíritu — de la realidad a lo que es ideal — de la vida al pensamiento.

Arquitectura / escultura / pintura: tres ramas de un mismo árbol. En el fondo: dibujo / geometría / medida. La naturaleza a la altura del hombre.

Del otro lado: la vida. Aquí la intuición — el instinto — el amor — el odio — el deseo — el sentimiento — la voluntad. Todo eso debe ser inscrito en el sistema del hombre — que es la razón — para encontrar el equilibrio (entre razón y naturaleza) para el arte y para la vida. Fuera de ese equilibrio (entre naturaleza y razón) está la decadencia.

Tal tradición puede librarnos de todo error: del naturalismo — del ambiente local / de la moda / de lo mórbido / de los bajos instintos / del esquema / de la fantasía / de lo vago / de lo pintoresco / de lo dramático / del animismo / de la banalidad / de la falta de conciencia / de la perspectiva engañosa / de la habilidad y de mil otros extravíos. Puede esa tradición conducirnos a lo perfecto (aunque sea humilde)

siendo lo perfecto equilibrado y fundado entre lo inmutable. Puede liberarnos también de la falsa idea de “el arte por el arte” y de la pintura pictórica. Porque el arte debe ser un resultado. Debe venir no sólo del equilibrio que puede existir en nosotros (razón y naturaleza) sino incluso de nuestra fe en una armonía total fuera de nosotros — que debe corresponder a nuestra propia armonía. Porque la unidad está en la base del pensamiento — y en la base de nosotros mismos — y debería ser igualmente la base de nuestras obras. Ninguna otra cosa sería una estructura verdadera — porque fuera de eso nada puede estar realmente fundado.

Hay que volver a la línea maestra que arranca de la prehistoria. La obra no sería sino un testimonio que no encontraría más su finalidad en ella misma. (Según este punto de vista la época importa poco. En la prehistoria pueden encontrarse obras definitivas — por ejemplo la admirable piedra esculpida de Saint Sernin, en Aveyron — en que la geometría está en acuerdo y equilibrio perfectos con la naturaleza — y obras en el error naturalista como los bisontes de las cavernas de la Dordogne).

La obra del civilizado es únicamente aquella en que hay equilibrio entre vida y abstracción. El arte imitativo — o base de instinto o de sensación — el arte en el que la naturaleza ya no está inscrita en un orden sería bárbaro. La tradición de la razón es una tradición impersonal porque está desligada de la naturaleza — atiende a lo general: a la idea. El instinto mira hacia adentro — y se nutre del subconsciente y de la memoria atávica — es la naturaleza la que debe transformarse y ordenarse en el pensamiento — en un marco intelectual.

Hay que hacer la obra objetiva.

La certidumbre de la identidad del ser debe reconocer que esa unidad fundamental está en absoluta concordancia con la razón — y que el mismo principio debe encontrarse en la base de la existencia total. Eso por un lado — pero por el otro — la vida — que fluye constantemente — determina — en lo que es inmutable (la razón) la diversidad.

Tal diversidad debe existir también en el dominio del arte — y en cada minuto de ese dinamismo de la vida — puede crearse en el pensamiento un aspecto nuevo. Esa posibilidad de creación es infinita — permaneciendo la línea siempre invariable.

El arte debe basarse en el saber y en lo que es de veras real.

En cuanto a la pintura esa realidad sobre la que debe apoyarse no implica ninguna representación ficticia — el cuadro debe conservarse en superficie ya que la tercera dimensión no sería real. Las dos dimensiones del rectángulo — alto y ancho — que crean una relación — constituyen la única base real para partir — la base de las proporciones de lo que se inscribirá después en la superficie.

Una línea no tendrá otro valor que el de una línea — un plano de color será solamente un plano de color.

La vida — por su lado — determinará la creación en un momento del tiempo que jamás será igual. Y si se obtiene el equilibrio tendremos la obra perfecta — lo que no quiere decir extraordinaria — sino normal.

París, mayo 1932
[Ediciones Imán]